

Dios

Para Eco de Oriente.



Su Excelencia el Sr.
RAFAEL PETIT LE BRUN

24 de Octubre. - San Rafael - Irángel

La colonia francesa del Irángel saluda atentamente y respetuosamente en su día onomástico, a Su Excelencia Monsieur Raphael Petit Le Brun, Ministro plenipotenciario de Francia en Colombia, y hace votos sinceros por su ventura personal.

beza en una ruana de suerte que quedamos privados del ejercicio de la vista y del oído. Procedíase entonces a almorhacearnos; y por cierto que esta operación excitó en mí terriblemente la sensibilidad, la que ya estaba bastante excitada. El sentir uno frotado y rascado con la almohaza es ordinariamente muy agradable, pero cuando el que maneja ese instrumento tiene poca habilidad, hace sentir dolores vivos en las prominencias del cuerpo en que el hueso no está resguardado por la carne. Pusieronme en seguida *chuchera* ó cincha con un rezo, de cuyas puntas tiraron dos mozos con bastante fuerza; y acto continuo, me echaron encima una silla *orejona* de asiento muy hondo y con coraza que el largo uso y la mugre habían hecho reluciente. No puedo ponderar bastante lo desagradable de la impresión que me produjo la grupera por afectar la parte más sensible de mi cuerpo y en la que poco más tarde había de concentrarse toda mi sensibilidad. Quitándome después la ruana que

me cubría las orejas, me pusieron la cabezada, ataron la rienda a la cabeza de la silla y me levantaron el tlapajos. En los primeros instantes el aturdimiento y la rabia me dejaron inmóvil; pero al cabo sentí que se me encogían los nervios de todo el cuerpo, é instintivamente arqueé el espinazo, metí el hocico entre los brazos y la cola entre las piernas y empecé a dar corcovos, levantándome con todas mis fuerzas y volviendo al suelo con las piernas rígidas, de suerte que el sacudirme era espantoso. Hacer esto es lo que se llama echar una *brincada*.

Disertación sobre las brincadas.
Los hombres juzgan que los caballos brincamos voluntariamente y por pura rebeldía; pero están muy engañados. La brincada es una especie de convulsión excitada por sensaciones tan vivas y tan penosas, que aunque el caballo quisiera sosegarlo no lo conseguiría. Cuando los caballos hacemos corvetas por gallardear, y cuando damos saltos voluntarios, juegan todas las articulaciones de

La blanquecina luz de hermosa aurora
Bañó mi frente, iluminó la tierra,
Y el tibio beso que en mi sien sentía,
Animación y vida a los palmares,
A la flor más aroma y más esencia;
Fue aquello el despertar a nueva vida,
Entonaron las aves sus endechas,
Y un himno universal que se elevaba
Y llegaba armonioso a las estrellas,
Proclamaba de Dios el nombre santo,
Y su existencia denotaba en ellas.

Seguio su curso el sol esplendoroso
Sin detenerse en su fuga varrera,
Las sombras de la tarde se extendían
Por los montes, los ralles, la floresta,
Y las aves buscaban la ramada
Y la araja el panel de la columna:
A su morada regresaba el hombre,
El desahogado a buscar de las faenas
Que le daban el pan para sus hijos
Y su esposa feliz, alegre y buena,
Y... alabado sea Dios, digno estrechando
Entre sus brazos, padre y compañera.

La noche espavosa, dulce y tranquila
Dormida la gentil naturaleza,
Dejaba oír el grito de las aves
Y la oración que el universo eleva,
Al Dios de la creación, al Dios eterno,
Único autor de la armonía suprema,
El que enciende en el cielo con fulgores
La titilante luz de las estrellas,
Que da murmullo al arroyuelo manso
Y acaricia la brisa en la arbolada,
A quien todos los seres animados
Reconocen por ley justa y suprema.

Recojido mi espíritu meditaba,
En el problema de la vida eterna,
Y al infinito solo interrogaba
Desde el fondo interior de mi conciencia,
Sobre ese mecanismo con que ruedan,
Por el espacio, en condición perfecta,
Sostenidos por fuerzas invisibles,
Las estrellas, los soles, los planetas,
Y... una voz dulce, como el aura suave,
Me dijo: es Dios, el hacedor quien los maneja.

Villavicencio, Octubre 15 de 1917

F. A. U.

nuestro cuerpo; cuando damos una *brincada*, se suspende el juego de las más de ellas.

La que yo eché con la silla fué dilatada y repetida tres veces, porque los golpes que me daban los estribos y las cosquillas que me hacían la retranca y la grupera, mantenían viva la primera impresión.

Con mi compañero el cervuno se hizo lo mismo que conmigo, y llegó el momento de la montada. D. Cesáreo ordenó que los dos potros fuésemos amadrinados, esto es, sujetos por sendos jinetes, que debían seguir nuestros movimientos é impedir que brincáramos. Damián se sometió a esta disposición, pero Geroncio declaró que no dejaba que no le amadrinaran su potro, porque él no tenía miedo. A un mismo tiempo fuimos montados, y a un tiempo mismo dijeron los amansadores: "destapen". Yo, en mi agitación, no pude ver lo que pasó con mi compañero; pero luego supe que, no habiéndole el amadrinador dejado meter la cabeza, no había podido hacer otra cosa que